

Homo viator

El descubrimiento del mundo a través de los viajeros

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta y en páginas interiores: Fragmentos de *Descrittione et sito de tutta la Terra sin qui conosciuta*, Urbano Monti (siglo XVI)

© David Rumsey Map Collection, David Rumsey Map Center, Stanford Libraries

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© José María Pérez-Muelas Alcázar, 2023

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-43-2

Depósito legal: M-17.997-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pepe Pérez-Muelas

HOMO VIATOR

El descubrimiento del mundo
a través de los viajeros

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 136 (Serie Mayor)

Índice

De mapas desmesurados	17
PRIMERA PARTE. Donde nace el sol	25
1. La India, el castigo de los dioses	29
Un dios de ojos almendrados en Elefanta – El país del loto, del pavo real y de los tigres rayados – El bañista de Pichola – Buda, viajero y fundador de viajes – Griegos en una estación en Jaisalmer – La cruz en un barrio de Calcuta – Galtaji, templos vacíos, hombres olvidados – Vasco da Gama llega tarde a su cita – Amanecer en el jardín de las viudas – Kipling en el reino de Alejandro – Benarés: viaje a los infiernos – Khajuraho y el amor hecho piedra – Kapuscinski descubre el castigo de los dioses	
2. China y Japón, los caminos del este	53
Tango del viudo en Rangún – Bar Sauma contempla la erupción del Vesubio – ¿Hacia dónde se dirigen los caminos del este? – El invento de Marco Polo – El camino de la seda – Diego de Pantoja toca el clavicordio en Pekín – Mancio Ito posa para Tintoretto – Francisco Javier desembarca en Kagoshima – Alessandro Valignano en la ciudad herida – Hervé Joncour compra seda en el país prohibido – Isabella Bird toma un tren en Tokio – El país de los cerezos – André Malraux roba en un templo de Angkor Wat	
3. El Himalaya, la cima del mundo	77
El viaje vertical – Marie Paradis escucha a Henriette d'Angeville – Michel Peissel en el reino de Mustang – Una mujer y un hombre en Lhasa – La ciudad que mira al Everest – El príncipe que huyó	

de los palacios – Reinhold Messner se venga del Nanga Parbat – El pentagrama del Annapurna – El Shisha Pangma frente a Edurne Pasabán – Jerzy Kukuczka, el dios del Lhotse – Wanda Rutkiewicz quiso abrazar el Kanchenjunga – Otros cielos, el mismo cielo

SEGUNDA PARTE. La senda hacia Oriente 101

4. Egipto, el país del Nilo 105

Los límites del Nilo – La Akhetatón de Sinuhé – Heródoto encalla en Elefantina – Un sueño llamado Alejandría – «Dile adiós a Alejandría, que se aleja» – La isla de Filé despide a los dioses egipcios – Mansa Musa bebe oro del Nilo – Ibn Battuta y el perfil de la mezquita de Al-Azhar – Napoleón pasa una noche en la pirámide de Keops – En busca de una civilización perdida – Un ruso perdido en El Cairo – Mark Twain espanta a los turistas – Dorothy Eady frente a una figurilla en el Museo Británico – En busca de las fuentes del Nilo – El Egipto encerrado en los museos

5. Mesopotamia y Oriente, polvo de estatuas 129

Layard descubre la biblioteca de Asurbanipal – Donde la historia nunca descansa – El pastor Sheikh Ibrahim descubre Petra – Santa Helena y un sepulcro vacío – Egeria busca una estatua de sal – Federico Barbarroja coge la espada, Ramón Llull toma la palabra – Ibn Battuta camina hacia Damasco – Clavijo observa el cielo en una cúpula – Bizancio, Constantinopla, Estambul... – El té de Damasco del príncipe Alí Bey – Burton y *Las mil y una noches* – Fallaci entrevista a Jomeini – La agonía de Palmira

6. La Meca, una tierra de fe 153

Peregrinar a la Kaaba – Malraux sobrevuela un reino con nombre de mujer – Elio Galo se pierde en la Arabia Felix – De Marruecos a la India, un viaje de fe – De al-Ándalus a La Meca... – La treta de Alí Bey – Ludovico de Varthema quiere entrar en La Meca – Pedro Páez bebe café – Jean Chardin en un entierro – Carsten Niebuhr tiene miedo a disfrazarse – El asombroso viaje (con circuncisión incluida) de Richard Burton – Tiempo de espías – Un destino imposible

TERCERA PARTE. Los pilares de Occidente 177

7. Grecia, la barca de la nostalgia 181

Una guerra, multitud de viajes. El origen de Grecia – Alejandro Magno lee la *Ilíada* – Lo que queda de Troya, Ítaca y Micenas – Conócete a ti mismo, viajero – Colonos por el Mediterráneo – De camino a Eleusis – Catábasis: viajes al inframundo – El filósofo y el barco – Heródoto sale a recorrer el mundo – Jenofonte no pudo leer a Cavafis – Alejandro hace del mundo un barrio griego – El epílogo de Grecia: Pausanias, el viajero de la melancolía

8. La Roma antigua, el balcón de la historia 205

El chino Gan Ying quiere llegar a Da Qin – Eneas, el primer refugiado de la historia – Las otras Romas: de Volubilis a los templos egipcios de Antínoo – De Cádiz a Roma con los Vasos Apolinales – Un paseo por la Appia Antica – Plinio el Viejo describe un puerto indio en el que nunca ha estado – Ovidio y su exilio en la muerte del Danubio – Flavio Josefo, un judío en Roma – Adriano contiene en su villa el mundo entero – Pirámide Cestia, enterrarse en lo exótico – Pablo de Tarso, explorador de palabras – El balcón de los Museos Capitolinos

9. El Camino de Santiago, la ruta hacia las estrellas 231

La vida como un viaje espiritual – La prehistoria del Camino de Santiago – Santiago, entre la historia y el mito – Se descubren unos huesos... – El Códice Calixtino, primera guía de peregrinos – El viaje del arte románico – Un Cristo, una oca y un juego – Roncesvalles bajo la lluvia – Eunáte, mi pequeña Jerusalén – Donde cantó la gallina una vez asada – La vieja alcahueta que contempla la catedral – Una iglesia rota – Por la meseta castellana – O Cebreiro en la niebla – La llegada: el Pórtico de la Gloria

CUARTA PARTE. La conquista de nuevos mundos 255

10. *Finis Africae*, el perfil de un continente 261

En busca del unicornio – *Finis Africae*, los mapas sin destino – Periplo de Hannón – Las islas Canarias, las puertas del océano

– Una barca de cañas para atravesar un océano – Un navegante llamado Enrique y un pueblo llamado Sagres – El fracaso de los hermanos Vivaldi – Portugal dibuja el mapa de África – Bartolomé Díaz y Vasco da Gama coronan el sueño portugués – Hacia la ciudad prohibida de Tombuctú – El infierno en la tierra: Stanley y Leopoldo II en el Congo – Livingstone espera leyendo la Biblia – *El corazón de las tinieblas*, el viaje más temido

11. América, las Indias descubiertas

285

Ruta por el mar Tenebroso – Colón visita un mercado en Quíos – El Almirante miente a su tripulación – Amerigo Vesputio encuentra su oportunidad en los mapas – Crónicas de Indias, entre el realismo y la magia – Vasco Núñez de Balboa descubre el océano Pacífico – Cautivos en Yucatán – Diego de Ordás escala el Popocatepetl – Cortés desde lo alto del Templo Mayor – Cabeza de Vaca sobrevive al naufragio – California y los caballeros novelescos – Un hidalgo en una carabela

12. América, las Indias doradas

309

Juan de la Cosa y Martín Fernández de Enciso fotografían América – Pizarro bebe sangre de tortuga – Defoe contempla el Támesis – Orellana navega el Amazonas – El rumor de El Dorado – Machu Picchu en una mañana de niebla – Todos los caminos llevan a Cuzco – Inés Suárez en los caminos de Chile – Juan de Cartagena traiciona a Magallanes – Puerto del Hambre, el fantasma del estrecho – La ciudad de los Césares

QUINTA PARTE. Un viaje sin límites

333

13. Los siete mares, la ciencia a bordo

339

Elcano sin Magallanes – Un esclavo que rodeó el globo – La isla pensada por Umberto Eco – Jorge Juan y Antonio de Ulloa, la forma exacta de la Tierra – Jeanne Baret escondida en el barco de Bougainville – González Ahedo dibuja los dioses de Isla de Pascua – James Cook persigue el planeta del amor – Celestino Mutis llena España de flores – Humboldt frente a la Coatlicue – Bustamante y

Malaspina hacen posible la geografía – Balmis-Zendal, el viaje de la esperanza – Darwin lee la Biblia en las Galápagos

14. Los polos, de las tierras heladas 363

Terra Australis Incognita, la geografía como simetría – Ptolomeo y los mapas antiguos – Primeras navegaciones por la Antártida – La espera del continente – La llegada al Farthest South – La expedición del Erebus y el Terror – La edad heroica de los viajes a la Antártida – Amundsen y Scott, la vida y la muerte en el hielo – El Endurance de Shackleton – Los vikingos en el Ártico – El Farthest North: exploración británica del Ártico – La expedición perdida de Franklin – Fraudes y fracasos en el Polo Norte – Un barco hallado en el fondo del océano

15. Los cielos, Ícaros más allá de las nubes 387

Verne viaja a la Luna – «Vengo del espacio, pero soy soviético» – Ícaro, el de las alas de cera – Pájaros sobre el canal de la Mancha – Los hermanos Wright emprenden el vuelo – El zepelín del barón – Las islas salvadoras de Gago Coutinho – Antoine de Saint-Exupéry se pierde en el Sahara – Amelia Earhart, la aviadora indomable – Los marcianos invaden el cielo – El ladrido de Laika – El salto de Valentina Tereshkova – Armstrong, Aldrin y la pisada lunar

EPÍLOGO. El Grand Tour, el redescubrimiento de Grecia y Roma 411

El lapidario de Trieste – Petrarca lee la *Ilíada* – Hernando Colón busca libros en Roma – Una postal de Roma por dos francos – Un joven lord viaja a Italia – La noche de Villa Diodati – Lord Byron deja su firma en el templo de Poseidón – Stendhalazo fuera de sitio – Schliemann abre un libro – Un cementerio lleno de viajeros

Bibliografía escogida 435

Índice onomástico 439

Agradecimientos 450

*A Mercedes, porque me enseñaste que Ulises y
Penélope pueden viajar juntos*

«En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él».

JORGE LUIS BORGES, «Del rigor en la ciencia»



«En estos desiertos
hay espíritus que engañan
a los viandantes y les hacen correr peligro».

De mapas desmesurados

El rey se encerraba durante horas en la gran sala del palacio. Allí nadie lo interrumpía. No existían Lutero, ni América, ni Roma, ni Túnez. Despachaba los asuntos que tenían al orbe en vilo y corría por los pasillos de mármol hasta desaparecer detrás de la puerta. Los consejeros esperaban preocupados al pie de la escalera. Crecían los rumores sobre ese aislamiento autoimpuesto. Algunos decían que se trataba de melancolía, un mal que no tenía cura. Otros rumoreaban que el joven monarca no podía soportar la presión, que dos coronas eran demasiadas para una sola cabeza.

Fue Alonso de Santa Cruz el que descubrió qué hacía el rey en la soledad de aquel salón. El monarca lo había contratado como cosmógrafo de la corte. Había viajado a América y ahora escribía un atlas sobre todas las islas que flotaban en este planeta apenas circunnavegado. Carlos V leyó su *Islario* en las noches de insomnio. Entre ellos se forjó una extraña amistad no basada en la política, ni en la religión ni en la guerra. Pasaban las tardes charlando sobre geografía, sobre lugares lejanos a los que el rey nunca podría llegar. Santa Cruz le hablaba de las estrellas, de la posición de los cuerpos celestes y de cómo los marineros se orientan en plena noche para despistar las tormentas. El Habsburgo cerraba los ojos y se dejaba transportar por su verbo ágil. Aquel era un viajero que había visto las nuevas tierras. Su voz sonaba a una expedición de palabras.

Alonso de Santa Cruz le recomendó al emperador viajar a través de los mapamundis dibujados con esmero en las paredes de la gran sala. Los frescos describían ciudades extranjeras, puertos italianos abiertos a las flotas españolas, burgos alemanes con catedrales góticas hechas de arena y ensenadas americanas, caudalosas como un río primitivo. A primera vista, el mundo entero se mostraba con colores acuáticos. El rey intentaba callejear por el trazado

urbano de una ciudad desconocida, la memoria que el pintor había retenido de un viaje anterior. Así pasaba sus horas el dueño de la mayoría de esas ciudades. A todas ellas quiso llegar como viajero, pero se conformó con la mirada atenta de un simple observador, como quien abre un atlas moderno.

Después llegaron los ataques de gota, la muerte de la reina, Isabel de Portugal, y la melancolía se instaló sobre sus hombros. Pero el rey nunca se despegó de sus mapas, incluso en el otoño de Yuste. Acudió puntual a su cita con la geografía, con los viajes pretendidos que se iban formando en su cabeza y que existían solamente en la intimidad de la tarde. Viajar es un ejercicio de transparente imaginación. Empieza en los libros. Termina en un jardín extranjero. Entre ambos el ser humano aspira a vivir en la huella de los caminos que recorren el mundo.

Robert Burton escribió en 1621 un tratado sobre la melancolía. Fue un libro revolucionario sobre un mal que atacaba por igual a hombres y mujeres, a ricos y pobres. *Anatomía de la melancolía* exponía algunos remedios contra ese mal. Uno de ellos, por muy extravagante que suene, solía funcionar con ciertos pacientes. Se trataba de observar mapas. Exactamente el método empleado por Carlos V en sus retiros taciturnos en Toledo o Yuste.

La idea de escribir este libro surgió en una cafetería de vía Zamboni, en Bolonia. Se trataba de saldar una cuenta pendiente con los viajes y las ciudades que me han acogido a lo largo de mi vida. Contemplando el ir y venir incesante de turistas y estudiantes por las calles rosadas, se iluminó en mí un libro que aspirase reunir a todos los viajeros leídos y emulados. En Ferrara me había comprado unos cuadernos donde anotar anécdotas de mi ruta, una especie de bitácora para no olvidar el perfil de una plaza o el gesto de un transeúnte. Emborróné las primeras páginas con destinos posibles y sin darme cuenta llené una decena de páginas con lugares y viajeros sobre los que escribir. El resto es un ejercicio de memoria, propia y ajena.

Siempre me han fascinado los mapamundis. Acudo a ellos desde la infancia como una especie de refugio contra la soledad. A

través de las curvas que forman la costa y las montañas imaginaba un viajero de tiempos inmemoriales que había atravesado con fortuna esos territorios que yo apreciaba desde la distancia. Mi dedo se convertía en una carabela que arribaba a las playas del Caribe, para ser recibido por indios desnudos, antes de despuntar el alba. Como en «La niña rosa, sentada», de Rafael Alberti, yo practicaba con mis manos una suerte de viaje, cada día diferente: unas veces me inmiscuía tras las líneas amarillentas del Sahara, otras veces calculaba el número de días necesarios para llegar a Estambul a pie, las noches en vela hasta que el casco del barco golpeará el hielo antártico. Luego, la ciencia hizo que los mapas se adaptasen a mis deseos. Ya no es necesario el papel para poder emprender un viaje imaginario. Aún hoy, absorto por la infinitud de caminos, persigo el trazado de una carretera a través de Google Maps o la silueta de la costa que envuelve África.

Los viajes siempre han formado parte de mi vida. Son la mejor referencia de la educación sentimental que albergo. Me han enseñado que existen otros mundos, que el dolor y la alegría se pueden compartir. También me han ayudado a valorar el punto de partida de cada expedición, eso que llamamos hogar y que es una especie de Ítaca que nunca decepciona. He estado en cuatro continentes y son todavía multitud los países que me faltan por visitar. Me he bañado en tres océanos, pero no cabrían en esta página los mares en cuyas costas aún no me he sumergido. Aspiro a contemplarlos todos, a visitar cada uno de los lugares en los que el ser humano y la naturaleza han jugado a esconderse.

Sin embargo, cuando no he podido salir al mundo, recorrer sus caminos, los libros han estado ahí para rescatarme. A ellos he acudido como simulacro. Ellos han sido mis ojos ante una ciudad desconocida, mi voz al entrar en un palacio real, mis manos para sentir el tacto del agua de un río profundo y mis oídos cuando un almuédano llamaba a la oración. A través de los libros el viaje ha sido también una expedición temporal. Gracias a la lectura miles de viajeros han puesto en pie los grandes monumentos de Egipto, de Grecia, de Roma, sin necesidad de revivir en otro siglo. A la grandeza de los hechos pasados se accede por la puerta de las palabras.

A cada uno de los viajeros que menciono en *Homo viator* le debo un fragmento de vida. Gracias a sus testimonios he logrado evocar una expedición que se ha hecho posible en mi mente. Son muchos los que faltan. No he pretendido hacer una catalogación académica de ellos. No aspiro a tanto. Están aquellos «compañeros de viaje» con los que me he topado alguna vez, en largas horas de lectura, calmando las ansias por descubrir nuevos países. Por eso lo que pretenden las siguientes páginas es una visión del mundo, personal y parcial, pero también compartida. *Homo viator* analiza y describe el descubrimiento de diferentes territorios a través de exploradores que, a lo largo de la historia, se atrevieron a romper las barreras de lo desconocido. Si los viajes forman parte de lo que soy, es justo que dedique este libro a hablar sobre viajeros y territorios que algún día fueron nuevos para unos ojos inexpertos.

Siempre he soñado con un mapa lo suficientemente extenso y preciso como para visitar todos los lugares del mundo en un solo golpe de vista. Como imagina Borges en «Del rigor en la ciencia», la ficción de esta geografía particular desbordaría la propia realidad. Viajar es lo contrario a observar mapas: significa vivirlos.

El hombre viajó por necesidad en los albores de la historia. Su supervivencia dependía de ello. Salió a la sabana, al campo abierto, y dejó atrás los árboles, el refugio de un tiempo pasado. Solo de esta forma cambió el paradigma y reinó sobre el planeta. Inspeccionó el medio a su alrededor, se atrevió a atravesar enormes territorios en busca de comida. Hizo de los caminos su hogar y conquistó todos los continentes. El éxito de nuestra especie se basó en la capacidad de viajar, de extender el anhelo de conocimiento hacia tierras ignotas. El ser humano aprendió a serlo viajando, desde sus primeros pasos, en el centro de África, hasta la huella de Buzz Aldrin en el suelo lunar.

La expresión *Homo viator* es un tópico que ha acompañado a la cultura universal desde sus inicios. Estuvo presente en Roma, que enarboló un sistema de vías tan complejo como fascinante, convirtiendo al simple ciudadano en un viajero universal. Después irrumpió el cristianismo y en la Europa medieval el *Homo viator* se

vistió con ropajes religiosos. El hombre que viajaba era el peregrino que caminaba para buscar un hueco en el paraíso. La religión, allá donde haya hecho crecer la fe, ha convertido a sus fieles en viajeros. Incluso hoy, que vivimos en un mundo desacralizado, el propio viaje se ha convertido en una religión laica. Viajamos para evadirnos, para encontrarnos, para huir o para regresar, pero forma parte de nuestra idiosincrasia de la misma manera que amamos o respiramos.

El *Homo viator* se presenta en dos direcciones: por un lado, la de entender la vida como un viaje; por otro, la de hacer del viaje una forma de vida. Las dos se unen en este libro. En las siguientes páginas toman la palabra hombres y mujeres que comprendieron que la esencia vital consistía en viajar. La premisa asume que siempre hay un destino más alejado que espera al visitante. Lo sintetizó a la perfección el arquitecto español del siglo XVI, Cristóbal de Rojas, al afirmar que tenía libros, caminos y días. Y no hace falta más. Si hay un hecho que ha conectado a la humanidad a lo largo de la historia ha sido esta necesidad por conocer tierras extrañas. Este libro se debe al viaje y se postula como un viaje. Ahora solo falta encontrar el mapa adecuado.

A medida que iba tomando forma el libro, que se acumulaban los testimonios y los mapas encima de la mesa, me planteé la posibilidad de reflejar en una sola imagen todas las rutas que quería transmitir. La forma más exacta de traducir las ansias de descubrir del ser humano a través de la geografía son los mapas. A través de ellos se le da nombre a la realidad que nos rodea. Son una guía segura por los océanos, la línea clara de los caminos que llegan a la ciudad deseada. He pasado los últimos años observando cientos de ellos. Desde el mapamundi de Ptolomeo, reconstruido en la Edad Media, hasta el *Civitates Orbis Terrarum*, de Georg Braun y Franz Hogenberg, donde se describen ciudades con una exactitud científica. Cada mapa me ha aportado una visión diferente de los viajes que aspiro a hacer. Hasta que llegue al de Monti.

Urbano Monti fue un cartógrafo milanés del siglo XVI. No conocía nada de él hasta que me topé con su *Trattato Universale*. Ocurrió

de casualidad, navegando por la red como quien viaja sin destino. Vi su planisferio reconstruido, como si a la esfera en la que vivimos la hubiesen vestido con ropajes renacentistas. *Descrittione et sito de tutta la Terra sin qui conosciuta* es una obra monumental dividida en sesenta tablas donde se perfila con detallismo extremo el mundo de finales del siglo XVI. Monti creó un atlas donde se reúnen todos los territorios descubiertos hasta ese momento, incluyendo la Antártida, presentida aunque no vista. Sitúa en el centro de su planisferio el territorio Ártico. Es el núcleo de su geografía, y a partir de ahí los continentes crecen sobre los océanos.

El mapa de Monti se esfuerza por ser exhaustivo. De esta forma, podemos ver cómo una barca atraviesa el océano Pacífico, portando las últimas noticias de la expedición de Magallanes. El interior de África es un espacio mítico plagado de seres monstruosos. Animales de los que Monti ha leído o escuchado en boca de comerciantes en las ciudades italianas y que sirven de aviso para futuros navegantes. Su precisión a veces es analítica. En otras responde más al ámbito de la fábula.

Hoy en día, en Google Earth el viajero cibernético puede girar en torno a un globo terráqueo como el que Urbano Monti dibujó hace cuatro siglos. Este libro ha girado demasiadas veces nuestro planeta antes de llegar al punto y final. Por eso, tomo como referencia el planisferio del cartógrafo italiano. Es mi mapa en los territorios ignotos. El astrolabio y el compás. El puerto seguro hecho de papel.

No hay constancia de que Urbano Monti fuese un *Homo viator*. Tal vez nunca salió de Milán, de sus bibliotecas e iglesias. Sin embargo, su obra inspira un viaje sin descanso. La geografía al alcance de la mano, como en el cuento de Borges, aludido anteriormente. Si el ánimo de Monti fue escuchar a los viajeros y plasmar en su atlas una geografía universal, el espíritu que asume este libro es idéntico. Viajar a través de otros viajeros. Visitar lugares a través de otros lugares. De esta forma, contemplar el arco de Caracalla en Volubilis, cerca de Meknes, me permitió caminar por el corazón de la vía Sacra de Roma. O navegar las orillas del Nilo a los pies de la fuente de los Cuatro Ríos, de Bernini, en la Piazza Navona. El jardín etnobotánico de Oaxaca, a un lado del claustro de Santo

Domingo, me transportó con sus aromas a las selvas filipinas, en los territorios donde nace el sol, a pesar de no haber estado nunca en Filipinas.

Homo viator es un viaje de viajes. Por sus páginas discurren miles de caminos transitados, propios y ajenos. Lugares que he recorrido, otros que solamente he imaginado o leído en crónicas. Este libro aspira a que el lector haga de estas palabras un mapa con el que guiarse en futuras expediciones. Y que Ítaca se mantenga alejada de nuestra ruta.

PRIMERA PARTE

*

Donde nace el sol

